

del libro: *Espadas como labios*. Al mismo tiempo la fluencia de la pasión, la cual se halla referida orgánicamente al torrente de sangre que circula en las venas, encuentra su expresión en una simbología que se relaciona con el mar y con los ríos. En el poema «Resaca» (p. 267), el entrevisto camino de la luz se abre al *ancho mar*, el cual permite que se haga sentir la clara voz recién nacida y que se experimente el batir infinito de las espumas que termina en *la abierta envergadura de los dos brazos distantes*. La conciencia del poeta ha podido así adueñarse de espacios ilimitados, en los que *las ondas son kilómetros*. En el «Poema de amor» (p. 271), el tema del viaje por ríos y mares a diversos lugares de la tierra confluye al conocimiento del centro alrededor del cual gira la conciencia del poeta, la cual coincide con los pulsos de su propio corazón:

*Peces, árboles, piedras, corazones, medallas
sobre vuestras concéntricas ondas, sí, detenidas,
yo me muevo y, si giro, me busco, oh centro, oh centro,
camino, viajeros del mundo, del futuro existente
más allá de los mares, en mis pulsos que laten.*

Asimismo el desbordante tú de la amada ocupa el fondo único del océano:

*Tú eres un punto solo, una coma o pestaña;
eres el mayor monstruo del océano único,
eres esa montaña que navegando ocupa
el fondo de los mares como un corazón desbordante.*

El metaforismo del mar y los símbolos acuáticos constituyen, por consiguiente, una de las claves imaginísticas de *Espadas como labios* y da expresión al contenido pasional que se encuentra en la doble vertiente de la subconciencia y la conciencia.

Por otra parte, aparece en este libro una perspectiva de reflexión de la conciencia poética sobre sí misma en cuanto adquiere ésta el conocimiento del incumplimiento de la pasión y la ausencia de su reconocimiento por el objeto de su ansiedad agónica y, por tanto, de su pérdida en la corriente del tiempo. Surge así la rememoración de la pasión en el recuerdo y su proyección en imágenes similares a las anteriores, si bien de sentido negativo y con un dejo de tristeza y frustración. En el poema «En el fondo del pozo» (p. 263), por ejemplo, cuyo subtítulo es «El enterrado», el poeta se halla situado en el fondo del *pozo innúmero* y debe ignorar *la íntima onda que se anega sobre los labios*. También en el poema «Mudo de noche» (p. 309), el poeta experimenta la opresión de un sollozo como un *cielo derrumbado* y se apresura a *cantar doblando*. En el último poema de la

colección «Formas sobre el mar» (p. 316), el poeta se halla rodeado de símbolos e imágenes de aislamiento y separación que se revelan en la forma de *papel ignorado / que resbala hacia túneles, sueño de nieves, cabezas o humo, lamento como un traje blanco, piel desprendida que no puede ya besarse más que en pluma, luciérnaga muda*. La posibilidad de lucidez de conciencia apunta como algo que *está lleno de lo inmóvil para lo que está prohibido un corazón*. Finalmente la coexistencia de contenido pasional, de un lado, y de vacío y ausencia de dicho contenido, de otro, se expresa en la doble imagen de la presencia del mar y, simultáneamente, de su sombra: *ese contacto de dos cercanías / que tan pronto es el mar / como es su sombra erguida, / como es sencillamente la mudez de dos labios*. La conciencia poética ha llegado así a la experiencia lúcida de la plenitud pasional, pero también al conocimiento de la ausencia o sombra de dicha plenitud.

Si el libro *Espadas como labios* encerraba la experiencia del nacer de la conciencia que sale a ras de tierra y la posibilidad de bogar en ríos y mares y de contemplar la extensión del horizonte, los poemas de *La destrucción o el amor* (1936) marcan la expansibilidad de la misma a un grado extremo de dinamismo, visión abarcadora y fusión con el macrocosmos, a través de la máxima intensidad pasional. La visión característica en estos poemas viene a ser así la de vuelo, movimiento acelerado, atracción gravitacional de mundos planetarios y fragmentación y destrucción en la violencia del encuentro. Las imágenes de elementalidad terrestre y de arraigamiento continúan prestando apoyo a la experiencia de este mundo pasional, puesto que parten del substrato corpóreo de los amantes, mas se disparan ahora al exterior, en movimiento de expansibilidad centrífuga. En efecto, las configuraciones del cuerpo humano, con su red subterránea de vísceras orgánicas y de vías arteriales por donde circula la sangre, se proyectan en un primer plano imaginístico a las configuraciones de la superficie terrestre con sus montañas, mar, ríos, lagos, laderas, valles, bosques. Este impulso de expansibilidad alcanza también a la atmósfera que envuelve a la tierra (aire, luz, calor, frío) y, finalmente, a los espacios de los sistemas planetarios e interestelares, con sus órbitas de gravitación universal y las formidables fuerzas de atracción y repulsión. La conciencia experimenta así un amplio dominio de extensibilidad espacial, verticalidad de vuelo, fuerza de expansión e intensidad y dureza de choques productores de fuego y de calor.

También podemos advertir el ritmo que sigue el movimiento pasional en su primer impulso de fuerzas expansivas, y luego en su disminución y alejamiento. El poema «La selva y el mar» (p. 323), el

cual sirve de introducción a todo el libro, muestra en su primera parte el primitivismo salvaje de la pasión aún insatisfecha, a través de la lucha elemental de las fieras de la selva:

*Allá por las remotas
luces o aceros aún no usados,
tigres del tamaño del odio,
leones como un corazón hirsuto,
sangre como la tristeza aplacada,
se baten como la hiena amarilla que toma la forma
del poniente insaciable.*

El punto climático de la invasión del amor es sentido como un sacudimiento de las entrañas mismas del ser, también en imágenes violentas de la selva, tales como *poderosa garra* y *uñas profundas* en las raíces temblorosas de los árboles. Al mismo tiempo surgen elementos delicados y diminutos del ambiente selvático que, sin duda, corresponden a las manifestaciones de cariño y de ternura en el amor:

*Mirar esos ojos que sólo de noche fulgen
donde todavía un cervatillo ya devorado
luce su diminuta imagen de oro nocturno,
un adiós que centellea de póstuma ternura.*

Finalmente, la curva del movimiento pasional lleva al sosiego y a la dicha que preside el alejamiento de las fuerzas primarias, las de la selva y el mar. Aparece entonces el pájaro multicolor, *pájaro, paraíso, fasto de plumas no tocadas*, el cual se cierne en vuelo ascendente sobre un éter luminoso:

*Pájaro de la dicha,
azul pájaro o pluma,
sobre un sordo rumor de fieras solitarias,
del amor o castigo contra los troncos estériles.*

Por otra parte, el sentido de la unidad con el mundo en el fuego de la pasión se realiza por una voluntad de muerte, como en el poema «Unidad en ella» (p. 331), que es simultáneamente voluntad de vida máxima: *Muero porque me arrojé, porque quiero morir, / porque quiero vivir en el fuego*. El vocabulario del poder y de las fuerzas subterráneas proyecta imágenes de metal hirviente que arde como el sol: *Soy el sol que bajo la tierra pugna por quebrantarla / como un brazo solísimo que al fin entreabre su cárcel / y se eleva clamando mientras las aves huyen* (p. 337). En el poema «Ven, siempre ven» (p. 339), el encuentro con la amada es equivalente a la fulguración

de los espacios: *como el espacio que súbitamente se incendia, / éter propagador donde la destrucción de los mundos / es un único corazón que totalmente se abrasa.* En este mismo poema, la frente de la amada es *redondez casi rodante* que luce como una *órbita*, en un sistema de fuerzas gravitacionales que termina en los brazos del poeta. Asimismo la experiencia de la pasión es abarcadora del ritmo temporal del cosmos y también de una espacialidad sin límites. En el poema «Se querían» (p. 424), la perpetuidad del sentir amoroso transcurre en sucesión indefinida. La totalidad de tiempo y espacio se halla en forma de síntesis acumulada de elementos en la estrofa final de este poema:

*Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios
ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas,
mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal,
metal, música, labio, silencio, vegetal,
mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo.*

El «Total amor», en el poema de este nombre (p. 426), comprende no solamente la perpetuidad en el tiempo (*resplandor que nunca será frío*), sino también la presencia constantemente materializada de este último (*sino el río feliz, / lo que transcurre sin la memoria azul*), juntamente con la capacidad de la conciencia para sentir la fusión de contrarios, de sujeto y objeto, de placer y dolor, de acto y percepción del acto: *camino de los mares que entre todos se funden / y son lo amado y lo que ama, y lo que goza y sufre.* El sentimiento de la dicha se manifiesta como el dominio de lo ilimitado en el espacio y el constante transcurrir de una creación perfecta: *Esa dicha creciente que consiste en extender los brazos / en tocar los límites del mundo como orillas remotas, espejo donde el más mínimo pájaro no se escapa, / donde se refleja la dicha de la perfecta creación que transcurre.* Además, la conciencia capta la circularidad de este mundo, a través de la palabra poética que permite expresar inteligiblemente el luminoso destello que ha pasado por la oscuridad de la lengua: *el luminoso destello que en la noche crepita / y pasa por la lengua oscura, que ahora entiende.* También la conciencia capta la singularidad de la inclinación a la amada como verdad de vida y destino único del ser, cuyos signos constituyen una convocación a todos los que aman, al centro único del círculo total:

*Soy el destino que convoca a todos los que aman,
mar único al que vendrán todos los radios amantes
que buscan a su centro, rizados por el círculo
que gira como la rosa rumorosa y total.*

(«Soy el destino», p. 396.)